

mas, y en seguida la voz de algunas personas que hablaban muy quedo: conoció al momento que estaba cercada su casa, que era imposible salvarse, y que se atentaba contra su vida. Imitó en aquella ocasion la conducta del Salvador, que sabiendo que no era llegada su hora, se libró del furor de los judíos escondiéndose; así como se presentó delante de ellos cuando llegó el tiempo señalado por su Padre.

Apenas había atendido Francisco á su seguridad, cuando derribaron la puerta de su casa, y entrando en ella los sediciosos, dando grandes gritos lo buscaron por todas partes sin poderlo encontrar: pensaron con esto que se habían equivocado, y que estaria seguramente en casa de alguno de los católicos, ocupado en instruirle, ó tal vez consolando algun enfermo: no se tenian pues por seguros en aquella casa: por propicios que les fuesen los magistrados en secreto, no podian dispensarse para cubrir su responsabilidad de presentarse al socorro de Francisco; por lo que salieron precipitadamente de la casa. Aquel grande hombre despues de haberse libertado de un riesgo tan terrible no tuvo por eso menos celo, y el peligro á que acababa de verse espuesto no sirvió sino de aumentar en él su confianza en Dios.

Entretanto informado el Baron de Hermance de aquel nuevo atentado, nada omitió para descubrir los autores con la intencion de ejecutar en ellos un severo castigo; pero como todos los que podian ser testigos eran cómplices, no pudo adquirir conocimiento alguno sobre el particular. Francisco hizo en aquella ocasion una obra heróica de caridad: desde el sitio en donde estaba escondido conoció á algunos de ellos: no solamente no los descubrió, sino que hizo cuanto pudo para apaciguar al Baron de Hermance, y para impedir que fuesen descubiertos los autores de aquella horrible accion.

Pero aquellos malvados bien lejos de mostrarse agradecidos á una generosidad, de que se hallarán pocos

ejemplos, tomaron ocasion de esto mismo para acusarle de hechicero. Habian sabido que estaba dentro de su casa cuando le buscaban; por eso publicaron que á menos de tener el secreto de hacerse invisible le hubiera sido imposible escapar de entre sus manos. Hubo aun un vecino de Tonon, que sin reflexionar en que caia sobre sí mismo toda la infamia que podia resultar de su testimonio, aseguró públicamente con juramento, que él le había visto en una junta de brujos, y que gozaba en ella de la mayor consideracion. Así era como acusaban los judíos al Salvador de arrojar los demonios de los cuerpos en nombre de su Príncipe Beelzebúb.

Habiendo sabido Francisco aquella horrible calumnia, se sonrió, y haciendo despues la señal de la cruz: *hé aqui*, dijo, *todos los sortilegios de que yo me valgo: con esta señal espero vencer al infierno en lugar de estar en inteligencia con él.*

Pero si la fé de que estaba animado Francisco le hacia intrépido en medio de los mayores peligros, no sucedia lo mismo con respecto á sus amigos y parientes. Se hablaba tanto por toda la Saboya de que los calvinistas habian jurado su pérdida, y que por mas precauciones que se tomasen no se podria evitar que fuese asesinado, que todos tocaron alarma. El presidente Faure, el mismo Obispo de Ginebra, y sobre todo el Conde de Sales le escribieron con energía para obligarle á que dejase el Chablais, y se volviese á Annecy en donde no faltaria ocupacion á su celo.

El Conde le hacia presente todo lo que ya le había dicho cuando fué á despedirse de él: el poco fruto que había logrado hasta entonces, las fatigas que este le había costado, y el peligro en que se había visto tantas veces de perder la vida, ó por la violencia ó por la dureza de los calvinistas. Trataba de persuadirle que los conocia mejor que él: que no tan solo eran adictos á su Religion por parecerles que era buena, sino tambien

porque era muy cómoda; y que miraban la Religión católica como un medio político de quitarles el apoyo de sus vecinos, y de reducirlos al fin á la servidumbre: que mientras reinase entre ellos este error del que no era fácil convencerles, nada se haria sólido, ni que tuviese duracion: que despues de todo se necesitaban muchas cosas para que subsistiese la Religión católica en el Chablais, aun cuando él fuese tan dichoso que lograrse restablecerla: que se necesitaban Iglesias, despues ministros para servir las, y párrocos instruidos y de una conducta irrepreensible: que tambien eran necesarios colegios para la instruccion de la juventud; y que con cualquiera cosa de estas que faltase, su proyecto iria á tierra por sí mismo. En seguida le preguntaba á costa de quien se habian de edificar aquellas Iglesias y colegios, quien cuidaria de la subsistencia de los párrocos, y de los que enseñasen en los colegios. Y añadia, que dudaba mucho que el tesoro del Príncipe, agotado con tantas guerras como se habia visto obligado á sostener, estuviese en disposicion de poder contribuir al efecto: que si se exijia el dinero al pueblo, este seria el verdadero modo de hacer que se sublevase, y abandonase la Religión católica, aun dado caso que la hubiera abrazado. El Conde sacaba en conclusion de todas estas reflexiones que lo mejor que podia hacer era desistir de un proyecto, en que ninguna apariencia habia de un feliz resultado, y que podria al fin costarle la vida; y acababa su carta diciéndole, que ya le habia dicho al Obispo de Ginebra: *que aunque él se tendria por muy dichoso de que hubiese santos en su familia, pero que preferiria en tal caso que fuesen confesores á que fuesen mártires.*

Francisco distaba mucho de semejantes sentimientos: los obstáculos que se le presentaban no servian sino de aumentar su celo. No era de aquellos espíritus impetuosos que salen de los negocios por medio de conatos

mal dirigidos; pero estaba infinitamente distante de aquella baja timidez que se figura peligros en donde no los hay, que abulta los que en sí son pequeños, y que se asusta á la menor apariencia de riesgo. No iba á desafiar ni provocar á sus enemigos; pero no huia de ellos, y aun iba á buscarlos cuando lo exijian así la causa de Dios y las funciones de su ministerio. El miedo á la muerte no le impidió jamás el cumplir con su deber: de esto hemos visto ya pruebas; y se verá en el discurso de esta historia, que mas bien le faltó á él el martirio, que faltar él al martirio.

Con arreglo á este modo de pensar escribió al Conde su padre y á sus amigos, que las voces públicas eran malos comprobantes de la verdad, que les habian aumentado los peligros á que se le juzgaba espuesto, pero que tambien habian disminuido el fruto que Dios se habia dignado conceder á sus trabajos: que ni los unos eran tan grandes como se habia publicado, ni el número de hereges que habian entrado ya en la Iglesia, y el de los que estaban prontos á entrar en ella, era de tan poca consideracion como se habian figurado; pero que aun cuando fuese mucho menor de lo que era, y que Dios no se hubiese servido de él sino para la conversion de una sola alma, tendria por bien empleadas todas las fatigas que habia sufrido: que no se debia juzgar de las empresas por la prontitud del éxito, sino cuando hubiesen pasado tres años á lo menos de continuados sermones: que despues de tantos milagros y prodigios como habia obrado el Salvador, habia convertido apenas quinientas personas: que la Iglesia no contaba muchas mas despues de su resurreccion: que sin embargo se habia estendido en poco tiempo por todo el mundo, y que los pueblos á tropas se apresuraban á entrar en ella: que Dios no exijia de sus ministros sino el trabajo, y se reservaba el fruto: que Jesucristo no habia dicho á sus Apóstoles: id á convertir á todo el mundo;

sino, *id, predicad y enseñad á todas las naciones del mundo lo que yo os he enseñado.* Que convenia en que cuando la Religion estuviese restablecida en el Chablais, se necesitarian muchas cosas para mantenerla, pero que aquellas cosas no eran tan dificiles de conseguir, como se figuraban: que él ya habia formado el proyecto, y que esperaba poderlo enviar dentro de poco tiempo al Obispo de Ginebra y al Duque de Saboya: que estaba concebido en términos que no seria gravoso ni al Príncipe ni al pueblo: que sobre todo el que estaba en el país veia las cosas de mas cerca, y tenia motivos de esperar que Dios echaria en breve una gran bendición á su trabajo.

En efecto, habiéndose estendido la noticia por todo el país del proyectado asesinato de Francisco, produjo en el espíritu de los menos prevenidos contra él todo el mal efecto que era de esperar. Se decia públicamente que si los ministros se siutiesen con bastante fuerza para responder á Francisco, no se hubiera echado mano á semejantes violencias: que el valerse de los asesinatos en una ocasion semejante era una prueba evidente de que desconfiaban de su causa, y que eran muy débiles para sostenerla: que era una cosa estraña que á las puertas de Ginebra, que era como el centro de la Religion calvinista, viniese un hombre solo á atacar á todos los ministros, sin que hubiese uno que se atreviese á presentarse en defensa de la causa comun: que si Francisco enseñaba errores, era preciso convencerle de ellos, y que los ministros se engañaban si juzgaban que habian de ser creidos sobre su palabra, cuando ellos mismos daban tantos motivos de que se desconfiase de ellos. No hubo persona que no creyese que despues de semejantes reconvençiones tomarian los ministros el partido de la disputa, y que antes pedirian socorro á sus vecinos, que permanecer en un silencio que tanto perjudicaba á su reputacion, que era tan nocivo á la Religion que enseña-

ban, y que tanto interes tenian en conservar. Pero es mas fácil acusar á la Iglesia católica de que enseña errores, que convencerla de ello: ya no era el mismo tiempo este, que aquel en que los párrocos ignorantes se hallaron demasiado débiles para defenderla, y habia entonces tanto peligro en presentarse delante de un hombre tan instruido y de una virtud ejemplar como Francisco, como habia facilidad en otros tiempos de seducir á un pueblo guiado por párrocos desarreglados en sus costumbres, tímidos, interesados, y que lejos de ser sabios, apenas conocian los primeros rudimentos de la doctrina católica para rechazar las calumnias con que se esforzaban en denigrarla todos los días. Nada hay mas fácil que vencer á un enemigo que no se defiende: la Religion católica abandonada habia tenido que ceder: el calvinismo debia todos sus progresos á este abandono: la mejor prueba de esta verdad es lo que pasó en aquel tiempo en Tonon, es decir á las puertas de Ginebra. Francisco solo se presentó para justificar á la Iglesia católica: nadie hubo que se atreviese á atacarla.

En efecto, por vergonzoso que fuese para los ministros el continuar callando en una ocasion en que les era tan importante el hablar, y que quedasen en su favor á lo menos las apariencias, se obstinaron en guardar silencio: contentáronse con declamar en sus sermones contra la doctrina católica, y contra Francisco que la defendia; pero cuando se les proponia que tuviesen una conferencia con él, y que conviniesen en una disputa arreglada, nadie se prestaba á ello, y siempre hallaban nuevos pretextos para evadirla. Sin embargo, como el mal urgía, y no podian pasar sin aplicar algun remedio que á lo menos pudiese detener su curso, prohibieron severamente el ir á oír á Francisco, y el tener comunicacion con él.

Pero esta prohibicion no hizo sino aumentar la curiosidad del pueblo: corrian en tropel á sus sermones; y

él mismo aseguró en una carta escrita á su hermano Luis de Sales por aquel entonces, que un resto de consideraciones políticas, que no duraria mucho al parecer, habia detenido al Baron de Awlly hombre de cualidad, hábil y de un mérito distinguido, que gozaba un gran concepto entre los calvinistas, de ir á oírle en público, acompañado de los síndicos de la ciudad: que los mas considerables del partido no ocultaban ya el deseo que tenian de que se les iluminase sobre los puntos contestados: que se habian conmovido mucho con un sermón que habia predicado sobre la realidad, y que los que no se habian atrevido á ir á oírle á la descubierta, le habian oído desde un lugar escondido.

Hé aqui todo lo que la humildad de Francisco le permitia escribir á un hermano para el que no tenia secreto alguno; pero se halla en los historiadores de su vida, que predicó sobre la realidad con tanta energía, que se levantó un confuso murmullo en el auditorio, como de personas que se hallaban convencidas con la fuerza de la verdad, y que aquel sermón convirtió seis-cientas personas.

Aquella victoria aturdió tanto mas al consistorio, cuanto que era fácil preveer que seria seguida de otra mucho mayor, sino se hallaba medio de impedirlo. Propusieronse sobre esto varios expedientes: unos eran de parecer que se hiciese por una y otra parte una confesion de fé por escrito, y que luego se juntasen para conferenciar de buena fé y sin insultarse; otros querian que se encargase el ministro Viret, que gozaba gran reputacion en el partido, de conferenciar solo con Francisco; y algunos pretenlian que se le asociasen al efecto otros ministros.

Todos estos pareceres no carecian de dificultad en la ejecucion: en quanto al primero que era el de la profesion de fé, suponía que todos estarian conformes; lo que no es asi, como se ha visto despues por las diferentes que se han levantado entre los calvinistas. El parecer

de que el ministro Viret conferenciase solo con Francisco tenia sus inconvenientes: se decia sobre esto que era espuesto confiar la causa de la fé á un solo hombre: que Francisco era hábil y ejercitado en la controversia: que siempre era dueño de sí mismo, que no perdía jamas de vista su objeto, y que tendria mucha ventaja en conferenciar con un hombre solo. Desechado este parecer, era preciso determinarse á tomar el tercer partido; pero en este habia el inconveniente de que hacia mucho honor á Francisco de Sales: que daria lugar á creer que se le temia, y que tenia ya demasiada reputacion para aumentársela aun con el aparato de una disputa que haria tanto mas ruido en el mundo, cuantas mas gentes concurriesen á escucharla.

Rara vez se conviene en una cosa fija en una reunion compuesta de muchas personas, que poco mas ó menos gozan todas de igual autoridad; sea porque cada uno se precia de hacer valer su dictamen, y cree que es vergonzoso ceder al de otro, ó sea porque hay muchas mas gentes que son á propósito para poner dificultades, que las que hay que sean capaces de resolverlas.

Esto es lo que sucedió en el consistorio celebrado en Tonon; se propusieron dificultades y se dieron soluciones, pero no pudieron convenirse. El mismo Francisco asegura en la carta escrita á Luis de Sales de que ya hemos hablado, que los ministros estaban muy confusos por su causa, que les habia reducido á la necesidad de tener una conferencia, pero que no se atrevian á tomar una resolucion sobre el particular. Esta confusion fué mucho mayor cuando Francisco que conocia su flaco, y que trataba de aprovecharse de él, les instó él mismo por medio de escritos públicos para que aceptasen la conferencia como una cosa absolutamente necesaria para terminar sus diferencias, y para remediar el escándalo que habia producido su silencio en el espíritu del pueblo.

Un desafío tan público no podía ocultarse; y era muy espuesto además el burlar por mas tiempo la expectacion de católicos y calvinistas para rehusarlo: fué pues aceptada la conferencia: se convino en el dia, en el lugar, en las materias que debian tratarse, y en todo lo que podia hacer que tuviese esta conferencia un feliz resultado.

Habiéndose estendido esta noticia por todas partes, atrajo á Tonon una porcion de gentes de Ginebra, de las ciudades vecinas y de todo el Chablais: Francisco fué el primero que acudió al lugar señalado para la conferencia: todos esperaban que los ministros no dejarían tambien de presentarse allí, y los calvinistas publicaban ya su victoria; pero quedaron altamente sorprendidos, cuando en lugar de verlos comparecer, vieron que se excusaban de asistir con pretexto de que no se habia tenido la advertencia de solicitar el permiso del Duque de Saboya para celebrar aquella reunion. Este aparente respeto á la autoridad del Soberano, del que se sabia que ellos mismos se habian dispensado en ocasiones mas delicadas que aquella, no satisfizo á alguno de los dos partidos: se decia públicamente que hubiera sido fácil preveer y remediar este inconveniente desde un principio: que no se podia dudar que el Duque de Saboya aprobase todo cuanto hiciese Francisco relativo al desempeño de las funciones de su ministerio, siendo así que habia venido al Chablais por orden espresa del Soberano: que no hubiera sido Francisco el primero en presentarse á la conferencia, sino hubiese estado bien cierto de que nada hacia en esto que pudiera ser del desagrado del Príncipe, ni que chocase con su autoridad: que en fin la excusa de los ministros no era sino un mero pretexto igualmente injurioso á la Religion y al partido de los calvinistas.

Sin embargo, como este pretexto aunque frívolo no dejaba de parecer algo fundado, Francisco admitió aque-

lla excusa con benignidad, é hizo decir á los ministros que él se encargaba de obtener la licencia del Duque, y de hacerle aprobar todo cuanto se hubiese hecho antes de haberla obtenido. Los ministros respondieron que no era suficiente esta garantía, y que en las cosas que podían redundar en perjuicio de la autoridad del Príncipe nunca estaban demas cuantas precauciones se pudiesen tomar. Francisco replicó á aquella segunda excusa que mientras se aguardaba el permiso del Duque habia suficiente con obtenerlo del Baron de Hermance gobernador de la provincia, á quien aquel Príncipe habia dado amplias facultades para todos los asuntos concernientes á la Religion, y que él se encargaba de conseguirlo.

Parecia que ya no era posible con esto el volverse atras, y todos esperaban que los ministros se presentarian al fin á la conferencia. Sin embargo, como estaban decididos á no comprometerse con Francisco, despreciando todo lo que se pudiera decir de una huida tan vergonzosa, y que dejaba á lo menos las apariencias de razon de parte de los católicos, respondieron, que no reconocian la autoridad del Baron de Hermance sino puramente para los asuntos civiles; pero que tratándose de una reunion, en que se debian ventilar varios puntos de Religion, era absolutamente necesario el consentimiento del Príncipe para celebrarla: que si las cosas no salian segun sus intenciones, el gobernador quedaria á cubierto con decir que no habia concedido semejante licencia, y no dejarían de tratar la asamblea de un atentado contra la autoridad del Soberano.

Esta conducta, en que se veia por una parte la mala fé, y por otra la poca confianza que tenían en su causa los calvinistas, no podia menos de afirmar á los nuevos católicos en la fé, y de escandalizar extraordinariamente á los calvinistas. Llegó á tanto este escándalo, que uno de los ministros avergonzado de la mala fé de sus com-

pañeros fué á encontrar á Francisco, y le dijo, que él queria mantener la palabra que se le habia dado y conferenciar con él. Aquella conferencia no fué tan brillante, ni hizo tanto ruido como hubiera hecho la de que hemos hablado antes, si se hubiese verificado; pero como por una y otra parte se obraba de buena fé, tuvo un resultado que probablemente no se hubiera alcanzado en la otra.

El método que siguió Francisco en esta ocasion fué el mismo que habia observado anteriormente que tan bien le habia salido, y con el que puso á los ministros en tan grande confusion. Hizo convenir á aquel con quien conferenciaba, que sin detenerse en las cosas que trataban ellos mismos de indiferentes, era preciso dedicarse á examinar las esenciales, en que ellos habian fundado su separacion, y que habian declarado que eran el verdadero motivo de su rompimiento con la Iglesia católica. Concedido este punto, convinieron facilmente en otros dos, el uno que no se debian atribuir á los católicos las consecuencias de su doctrina, que ellos mismos no reconocian, y el otro, que no se debian aprender los sentimientos de la Iglesia en las obras de algunos doctores particulares, sino en las mismas fuentes, como en el Concilio de Trento reunido espresamente para terminar las diferencias de que se trataba, y al que no se le podia acusar de haber ignorado ó alterado la doctrina de la Iglesia católica.

El ministro no pudo menos de conceder estos tres puntos, pero no le fué tan fácil en adelante evitar las consecuencias.

En efecto, Francisco de Sales le hizo ver claramente que injustamente se habian imputado á la Iglesia cosas en que era inculpable, que se habia desfigurado su doctrina, que se la atribuian sentimientos que no tenia, y sacado consecuencias de sus verdaderos sentimientos que ella habia desaprobado siempre: en una palabra le per-

suadió de tal suerte de que la Iglesia católica nada enseñaba que no fuese sano y ortodoxo si se comprendia bien, que el ministro se vió obligado á rendirse á la verdad.

Su conversion no pudo ser tan secreta, que no llegase á noticia del partido contrario. Conoció este al momento que no podia menos de tener funestas consecuencias sino se trataba de evitarlas. Se valieron de sus parientes y amigos para hacerle volver á entrar en su comunión: se le hicieron en vano promesas y amenazas al efecto. En fin le hicieron prender, le levantaron falsos testimonios, se le supusieron crímenes que no habia cometido, y se valieron alternativamente de todos los medios que pueden lisongear la esperanza, ó escitar el temor. Como aquel ministro era de una probidad conocida, nadie podia figurarse que pasase mas adelante la cosa; pero se vió en aquella ocasion lo que puede un falso celo por un lado, y por el otro lo que puede la gracia en un corazon, á cuya conversion no han contribuido los intereses humanos. La injusticia se llevó hasta el extremo. El ministro fué condenado á muerte, y la sentencia se ejecutó con tanta precipitacion, que Francisco de Sales no tuvo tiempo para acudir á solicitar el perdon del Príncipe, como tenia intencion de hacerlo.

Esta violencia horrorizó igualmente á católicos y calvinistas; y aun produjo un efecto enteramente contrario al que se habian propuesto al ejecutarla, que era el de impedir el curso de las conversiones. El abogado Poncet, hombre de reputacion, y á quien se le respetaba igualmente en Ginebra que en todo el Chablais, y el Baron de Awily, de quien ya se ha hecho mencion, no pudieron sufrir con paciencia que despues de haber rehusado las vias pacíficas, se echase mano de semejantes medios para conservar la Religion calvinista. Esta se les hizo sospechosa desde luego: creyeron que lo que se

esforzaban en mantener por intrigas y medios puramente humanos, podia ser muy bien que se hubiese establecido del mismo modo. Por el contrario, la conducta enteramente apostólica de Francisco exenta de la menor sospecha de interes, su incomparable dulzura enteramente distante de todo cuanto podia tener la menor apariencia de violencia, su piedad, su caridad, su paciencia, aquel celo infatigable por la salvacion de las almas que nada era capaz de cansar, eran otras tantas voces fuertes y eficaces, de que Dios se servia para convidarlos á volver al seno de la Iglesia católica. Pero las preocupaciones de la niñez, las comodidades de una Religion que halaga tanto las pasiones, quanto trata la Iglesia católica de refrenarlas, la vergüenza que creían que habia en mudar de Religion, lo que se diria de esta mudanza, y los enemigos que esta les acarrearía; en una palabra, la pérdida del crédito y de la autoridad que se habian adquirido en un partido poderoso, y que era el dominante en su provincia, eran otras tantas cadenas que les retenian en su error, y les impedian seguir lo que les dictaba su conciencia.

El abogado Poncet atropelló el primero por todas estas consideraciones: fué á encontrar á Francisco, conferenció largo rato con él, y puede decirse que no se rindió hasta que ya no pudo defenderse mas. Quiso sin embargo que su conversion fuese secreta; y exigió espresamente que no hubiese sino dos testigos cuando abjurase sus errores. Pero Francisco, que preveía las favorables consecuencias que resultarían de la conversion de un hombre de su crédito, despues de haber condescendido con él sobre este punto, le representó tan vivamente que no se debía andar en estos miramientos en los negocios de la salvacion, que únicamente una culpable vergüenza podia impedirle de manifestarse públicamente agradecido á la gracia que Dios acababa de concederle: que Jesucristo no queria aquellos discipulos

ocultos, que no se atreven á reconocerle en público por su maestro, y que él no reconoceria por suyos delante de su Padre á los que los respetos humanos hubiesen impedido confesarle delante de los hombres, que le redujo por fin á que hiciese pública profesion de la fé católica.

A imitacion de Poncet se convirtieron una porcion considerable de personas de todas clases; pero la mas ruidosa de entre todas las conversiones fué la del Barón de Awlly. Este era como el gefe de todo el partido calvinista en el Chablais; y habia adquirido por sus buenas cualidades una reputacion extraordinaria en Ginebra, y en las provincias vecinas. Se habia casado con una señorita católica de un distinguido nacimiento, pero mucho mas digna de aprecio por su virtud. La condescendencia, la dulzura, la caridad y piedad de aquella señora fueron los primeros atractivos de que Dios se sirvió para sacar á su esposo del error en que estaba, mas bien por su nacimiento que por su eleccion. No podia creer aquel, que Dios cuyas misericordias son infinitas para los mas grandes pecadores, hubiese abandonado una persona tan virtuosa á la ilusion y á la mentira. Con esta prevencion trató de atraerla á la Religion de los calvinistas, valiéndose de medios disfrazados y llenos de dulzura; pero aquella señora instruida por Francisco de Sales le manifestó tal firmeza en su fé, que él la prometió no volver á molestarla sobre este asunto. Obtenida esta ventaja, logró aun otra, que fué el hacerle consentir en que iria á oír á Francisco, que predicaba la cuaresma en Tonon. Fueron juntos, y Francisco que ya tenia conocimiento de ello, predicó con tanta energía sobre el distintivo de la verdadera Iglesia que Awlly se conmovió. Por aquel mismo tiempo sufrió la sentencia de muerte el ministro de quien se ha hablado con escándalo de los dos partidos. Awlly, que era sugeto de mucha probidad, desaprobó en público aquella trope-

lia. Se le contestó con malos modos; y esto acabó de hacer que perdiese la estimacion que habia profesado hasta entonces á sus ministros.

Pero aun restaba mucho que hacer: Awlly era instruido, y habia sido hasta aquella época calvinista de buena fé. El haber tan vergonzosamente rehusado los ministros conferenciar con Francisco habia hecho que le fuesen sospechosos: la violencia que habian ejecutado con el ministro convertido habia aumentado su desconfianza; pero como no era justo decidir de la bondad de una Religion por la mala conducta de los que la enseñan, ó hacen profesion de ella, se mantenía en un equilibrio, que no le permitía declararse á favor de una de las dos Religiones en perjuicio de la otra: las conversaciones que tuvo con Francisco le sacaron de aquel peligroso estado, y le hicieron inclinarse á favor de la Religion católica. La señora de Awlly su esposa auxiliaba los cuidados de aquel hombre apostólico con limosnas, con fervorosas oraciones, y con las continuas lágrimas, que derramaba delante de Dios para conseguir la conversion de su marido. El Padre de las misericordias se dejó vencer, y atendió á los ruegos llenos de fé de aquella virtuosa esposa: Awlly reconoció que no era ella la ilusa y engañada, sino él mismo: en fin el marido infiel fué santificado por la muger fiel, como dice el Apostol.

Mas costó á Francisco esta conversion que todas las demas juntas. Como el paso que Awlly iba á dar era de la mayor importancia, y que sabia que habia de meter mucho ruido en el mundo, quiso que nada le quedase por hacer antes de darlo. Conferenciaba á menudo con Francisco: ponía por escrito sus dudas y las respuestas que á ellas se le daban, y las examinaba despues con toda la detencion de un hombre, que teme engañarse en un negocio de los que mas le importan. No satisfecho todavia con todo esto, y no pudiendo conferenciar

con él en Tonon con toda la libertad y sigilo que apetecia, le citó para un bosque que está á una legua de Tonon: iban allí los dos varias veces á la semana, y conferenciaban con toda libertad sobre los puntos en que no convienen los católicos con los calvinistas. En fin, estando ya Awlly próximo á convencerse, le ocurrió la idea de que debia tomar aun otra precaucion, que le librase de las reconveniones que le podrian hacer, por haberse fiado únicamente de sí mismo en la importante eleccion que iba á hacer de una Religion, en la que trataba ya de vivir y morir. Propuso á Francisco que redujese á un escrito los principales puntos de que habian tratado en sus conversaciones, y que los enviaria á Ginebra y á Berna, para ver que se les ofreceria decir sobre ellos á los ministros mas famosos que hubiese en aquellas dos ciudades. Francisco le replicó, que él jamas habia tenido intencion de engañar, ni de sorprender á persona alguna: que aprobaba su proposicion, y que le aseguraba desde luego, ó que no le responderian, ó que cosa alguna de las que respondiesen podria destruir lo que él habia sentado; pero que le rogaba por su parte, que despues que hubiese hecho aquella última tentativa, ya no difiriese mas el hacer una pública profesion de la Religion católica. Awlly se lo prometió: las conferencias que habian tenido se pusieron por escrito, y se enviaron á los ministros de Ginebra y Berna.

Sucedió lo que Francisco habia previsto: Awlly no recibió contestacion: tomó su silencio como una confesion de la impotencia en que se veian de satisfacerle: y lamentando su obstinacion y ceguedad renunció al cisma, y fué recibido dentro de la Iglesia católica.

Pero esto fué de un modo que recompensó á Francisco con ventajas de los trabajos que le habia costado aquella conversion. Awlly, que no hacia cosa alguna á medias, quiso que se supiese en todo el pais, y en el

mismo Ginebra, el día en que debía hacer su abjuración: convidó á ella á tantas gentes como le fué posible; y habiendo llegado el día señalado, declaró públicamente los motivos que tenía para convertirse, y exhortó á todos á que siguiesen su ejemplo, y se hiciesen dignos de la gracia que Dios acababa de concederle. Abjuró los errores de Calvino, y fué recibido á la comunión católica en presencia de todo el pueblo de Tonon, y de un gran número de calvinistas de Ginebra, que habian ido espresamente para ser testigos de una cosa, que no hubieran creído á no haberla visto por sus mismos ojos.

Una conversión tan auténtica colmó de gozo á los católicos, y llenó á los calvinistas de una confusión tanto mayor, cuanto que fué seguida de otras muchas, en términos que no bastando ya Francisco para tanto trabajo tuvieron que enviar quien le ayudase. Sucedió por este mismo tiempo una cosa, que acabó de hacer perder á los ministros el poco crédito que les quedaba. Los asuntos de Awlly le obligaban á ir muy á menudo á Ginebra. Como hacia alarde de su conversión, y además era muy poderoso para que le insultasen, comparecía en público, y hablaba con tanta libertad como podía hacerlo antes de su conversión: la consideración que se le guardaba impedía el que le hablasen sobre el particular. Un ministro llamado La Faye, que habia sido muy amigo suyo en otros tiempos, fué el que se encargó de hacerlo; pero Awlly le replicó que habia acordado ya demasiado tarde: que debía haber respondido al escrito que habia enviado á los ministros de Ginebra y Berna: que él y sus compañeros eran unos débiles que no se habian atrevido á defender su Religión contra Francisco de Sales solo, que tan á menudo y tan públicamente les habia desafiado. El se picó con estas palabras, y respondió, que estaba pronto á ir á Tonon á disputar con Francisco, y que se juzgaba capaz de conven-

cerle en su presencia: que le habia engañado con una falsa espósición de la doctrina católica, que en la realidad era muy distinta de los giros y esplicaciones que la daba Francisco.

Awlly le cogió la palabra: convinieron en el día en que iría á Tonon; y Awlly partió allá para avisar á Francisco de que bien pronto tendría que luchar con un contrario digno de él. Francisco respondió, que viniese muy en hora buena, y que él no faltaría á la cita; pero que le costaba trabajo el creer, que habiendo rehusado los ministros de Tonon el conferenciar con él, quisiesen emprenderlo los de Ginebra. En efecto, La Faye faltó á su palabra; y aunque el Baron de Awlly fué tres ó cuatro veces á Ginebra para obligarle á cumplirla, siempre le salió con nuevas excusas para no hacerlo.

Aquella obstinada negativa no podía ser mas á propósito para confirmar á Awlly en la fé que habia abrazado; pero como no era hombre de abandonar con facilidad lo que una vez habia comenzado, propuso á Francisco que fuese en persona á Ginebra, para ofrecer á aquel ministro que conferenciase con él. Francisco le replicó que esto seria propasarse un poco: que su misión no se estendia hasta Ginebra, que no estaba sujeta al Duque de Saboya, y que se reducía únicamente al Chablais, y á las tres Bailías: que haciéndose aquella conferencia sin orden ni testigos, podrian los ministros cargarse con toda la gloria, aun cuando no les fuese favorable; y que si sucedia tambien que le insultasen ó maltratasen, se diria con razon que él tenia la culpa de ello por su imprudencia: que conocia bien el pueblo de Ginebra, que era sedicioso por naturaleza, y enemigo de la Religión católica hasta el extremo de no poder sufrir ni las menores apariencias de ella; y tendría infaliblemente por una injuria el que se fuese á atacar á sus pastores hasta dentro del recinto de sus murallas.

Awlly replicó, que estos inconvenientes serian de temer si la conferencia que él le proponia se hiciese con ruido, y siguiendo todas las reglas necesarias, ó tambien si se daba á entender que se tenia algun designio particular en ella: que él le suplicaba tan solamente que tuviese á bien acompañarle á hacer una visita de atencion al ministro La Faye: que él se encargaba de promover insensiblemente la disputa: que en una palabra respondia de las consecuencias, y que aun tenia bastante consideracion y amigos dentro de Ginebra para impedir el que se le hiciese el mas mínimo insulto.

Como nada deseaba Francisco mas vivamente que afirmar á Awlly en la fé, y como conocia ademas que insistiendo en su negativa, podria tomarse esta en tan mal sentido como se habia tomado la del ministro, temeroso al mismo tiempo de que tal vez se interpretase en descrédito de la Religion católica, vino en concederle lo que le pedia. Partieron pues para Ginebra, acompañados de algunos amigos, que pudiesen atestiguar en caso necesario de todo lo que pasase en la visita que iban á hacer.

Jamas ha habido sorpresa igual á la del ministro, cuando se vió cara á cara con el famoso Francisco de Sales, á quien efectivamente temia aun mucho mas de lo que demostraba. La conferencia duró tres horas; pero por mas que hizo Francisco para obligar al ministro á resolver una cuestion antes de pasar á otra, como la ventaja de aquel consistia en no profundizar alguna, propuso tantas cuestiones que ninguna pudo terminarse. Se habló pues de la unidad de la Iglesia, del Sacramento de la Eucaristía, de las buenas obras, de las satisfacciones humanas, de la intercesion é invocacion de los santos, y aun de algunos otros puntos controvertidos, materias tan vastas que apenas hubieran sido suficientes tres dias para examinarlas como corresponde. Pero no se podia menos de seguir al ministro, que cuando se veia

cogido en una cuestion, pasaba inmediatamente á otra; pero con tal desventaja, que habiendo notado en los semblantes de los concurrentes lo poco que les satisfacian sus respuestas, levantó la conferencia con un torrente de injurias las mas atroces contra Francisco de Sales.

Los que asistian á la conferencia indignados de la insolencia del ministro, sugerian á Francisco respuestas picantes, á las que daba motivo aquel; pero Francisco les respondió con su acostumbrada dulzura: *que si podia usar de buenas razones no recurriria jamas á las injurias: que el que se enoja tiene derecho para agarrarse donde puede; y que él jamas habia respondido á uno con dureza, sin que luego se hubiese arrepentido de haberlo hecho.* Se puede juzgar sin embargo cuan favorable fué el resultado de aquella conferencia para Francisco y para la Iglesia católica, por lo que hizo en seguida el Baron de Awlly. Compuso este un libro de los motivos de su conversion, que hizo imprimir en Leon, y en donde habla con mucho aprecio de Francisco de Sales, para que haya lugar á creer que lo mirase como á un hombre que le habia engañado, y que le habia explicado mal la doctrina de la Iglesia católica. Sin embargo, no hubiera podido abstenerse de decirlo asi, si hubiese quedado mal en la conferencia de que acabamos de hablar, ó por mejor decir sino se hubiese llevado en ella toda la gloria.